

Carson McCullers: perpetua iniciación

Edgar Esquivel

Recientemente he pensado mucho en la vida. He reflexionado sobre muchas cosas como, por ejemplo, el motivo de que se nos haya puesto en la tierra. La muerte inesperada de la escritora norteamericana Carson McCullers (el 19 de febrero de 1967 festejó su último cumpleaños, el número 50) no impidió que su obra continuara como legado donde se abreva de una literatura que da cuenta del misterio que yace en la primera (y quizás única) apropiación del mundo. Los testigos y cómplices que ambientan la verdad soterrada que es el fin de la infancia son confusiones y angustias, nunca ideas: puñado de emociones que cumplen, a través de frases con música e historias cortas de pesares oscuros u observación dilatada, el propósito de diseñar una escenografía básica de la comedia humana, aquella donde se representa un diálogo entre soledad y corazón. *Los recuerdos infantiles poseen una extraña cualidad volandera, y zonas de oscuridad rodean los espacios de luz. Los recuerdos de infancia son como velas encendidas en una hectárea de oscuridad,* piensa la protagonista de “El orfanato”, una niña convencida de que las carencias de los huérfanos que lo habitan impregnan de modo sombrío lo mismo paredes y patios que los escasos fragmentos de vida de cada uno de esos pequeños seres. Pero el terror da paso a la fascinación una vez dentro porque los niños distinguen dos capas de realidad: la del mundo, que se acepta como una inmensa confabulación de todos los adultos; y la no reconocida, la escondida y secreta, la profunda.

Son constantes en los cuentos de McCullers (poética de la introspección, escritos de personalidad grácil) la incertidumbre y reticencia al cambio que implica el crecer (biológica, emocionalmente), dado que no hay más alternativas al momento de per-

der tal sitio de privilegio —la niñez— para admirar o fustigar lo que permanece alrededor. No se madura por convicción. En “Así”, relato poderoso, es otra niña la que sobrelleva con estoicismo y horror los cambios de Marian, su hermana mayor, al grado de que la rebeldía manifiesta es el apego a la certeza de lo infantil: *Me alegro de*



tener trece años, de llevar calcetines y de hacer lo que me apetece. No quiero crecer más si es para convertirme en otra Marian. Pero no sucederá. La declaración de principios es irrevocable: *Me siento sola —es cierto—, pero no me importa. Sé que no hay manera de quedarme en los trece años toda la vida, pero sé que nunca dejaré que nada me cambie en absoluto, sea lo que sea.* La adolescencia duele porque supone el fin de nuestras virtudes originales y el arranque de las nostalgias.

No dejó de sorprender a Graham Greene, en descargo también de McCullers, el hecho

de que hay un periodo en que carecemos de pasado y solo importa el presente: “es en aquellos años tempranos donde yo buscaría la crisis, el momento en que la vida cobró un nuevo sesgo en su itinerario hacia la muerte”. Cuando la proximidad del porvenir toca nuestra puerta guardamos un silencio fúnebre. En el cuento “Sin título”, Andrew Leander huye de casa después de experimentar que el deseo se acumula, es cotidiano y explota, es mujer que aguarda sin alevosía ni tiempo en una cocina, y que ante ello él solo antepone debilidad e impulso. Antes de ser adultos uno solo desea para sí todas las aventuras imaginables, y Andrew *se estaba haciendo hombre y no sabía qué era lo que le esperaba. Y siempre tenía hambre y siempre le parecía que algo estaba a punto de suceder. Y lo que sucediera le parecía que iba a ser terrible y que iba a destruirlo.*

Al viento, lo suyo. Y junto a la muerte —sobre todo los decesos que se suceden como cascada— acaso no se encuentra situación más caprichosa que ese instante en que comienza la madurez, condición en la que la apertura de luces y sombras de la existencia personal, de un mundo que debe y exige ser privado, sobreviene de la inconsciencia rota que derrama, sin contención posible, su sustancia trágica (la realidad). Es entonces que los sueños o la fabulación se tornan en ritos de iniciación perpetua que nos enfilan hacia la aludida plenitud vital. En la infancia —continúa Greene— todos los libros son textos de adivinación que nos hablan del futuro e influyen en él. Entonces no es errando preguntarnos, una y otra vez, como seguro hizo Carson McCullers, si sabemos cómo debería empezarse el amor: no pocas veces bastan un árbol, una roca y una nube como señales de color de ese viento lejano. **U**